

8-III-89

Hora de Decisión Para los Jóvenes Tecnócratas

Gobierno de Dilema en Dilema

- ★ Pagar o no Pagar la Deuda, una Terrible Elección
- ★ Ante la Voluntad de Fraude no Existe ley que Valga
- ★ Es Cada vez Mayor la Integración Económica con EU

LORENZO MEYER

Si el príncipe Hamlet no hubiera sido un personaje de ficción sino real, si hubiera nacido ahora y no al iniciarse el siglo XVII, si hubiera residido entre nosotros y no en Dinamarca, y si hubiera tenido una ética menos rígida de la que mostró frente a su malvado tío y a su infiel madre, quizá hubiera podido llegar a ser asesor gubernamental, pues en este sexenio el grupo asesor es de lo más católico: ahí se mezclan mexicanos y extranjeros, jóvenes y viejos, de izquierda y de derecha, dinosaurios y modernizadores, etc. Además, el ser príncipe —es decir, provenir de una buena familia— le hubiera ayudado muchísimo a entrar en los actuales círculos del poder central, donde el linaje cuenta bastante.

De haber sido las cosas como las he supuesto, el buen príncipe Hamlet hubiera podido distinguirse como el creador del lema sexenal, al menos del más apropiado para las circunstancias de inicios de sexenio. El lema, desde luego, sería el famosísimo interrogante que, en medio de sus terribles angustias, se hizo a sí mismo el joven príncipe: "ser o no ser, esa es la pregunta". El dilema de Hamlet le viene pintiparado al gobierno

actual, tanto que bien podría ser su lema.

Desde el instante en que se inició, este gobierno se enfrentó a varios dilemas producto de enormes desafíos, y por lo mismo profundamente hamletianos. El primero en tiempo fue aquel que surgió la tarde del 6 de julio del año pasado respecto a las cifras que empezaron a arrojar las computadoras de la Secretaría de Gobernación. "Reconocer o no reconocer los resultados de las casillas electorales", ese fue el problema. Ante tan angustioso dilema, se optó entonces por lo que hubiera parecido inadmisible al príncipe nórdico pero no a alguien con la fértil imaginación prista: se optó por un punto medio aunque no justo. Se decidió que lo mejor era declarar que las máquinas habían fallado, y lograr así el tiempo mínimo necesario para diseñar una política de "ni ser ni no ser". De ahí que, por un lado, no se dieran a conocer los resultados cuando se habían prometido, y que más tarde

tampoco se abrieron los paquetes electorales como exigía la oposición. Sin embargo, por otro lado, el partido del Estado aceptó una victoria humilde con apenas 51% de los votos válidos, y se reconoció que el PRI había dejado de ser "el partido casi único".

★

Al dilema original, ahora le sigue otro: "reformular o contrarreformular la ley electoral". El PRI, según se nos dice, desea la contrarreforma: una nueva ley que disminuye el número de diputados plurinominales (esos que en el pasado le sirvieron al partido casi único para dar la apariencia de una oposición plural y vigorosa cuando no era lo uno ni lo otro), y que limite al máximo la posibilidad de coaliciones entre los partidos de oposición (divide y ya no habrá ningún FDN). Las mal llamadas consultas populares que hoy tienen lugar sobre este punto —quizá sean consultas, pero de popular no tiene nada, pues el pueblo ni se entere de ellas por ser un convenio interélites, ni mucho menos expresa su opinión, pues nadie se la ha preguntado— no han servido de gran cosa puesto que los defectos de la democracia en México no son producto de defectos en las leyes sobre la materia, sino de la arraigada mentalidad autoritaria del grupo en el poder. Para ellos, los poderosos, el dilema hasta hoy ha sido: todo o nada, y sistemáticamente se han decidido por el todo, aunque mantener tal decisión cada vez les cuesta más. Así pues, y en relación a la democracia, el problema de fondo no está en reformar o no reformar la actual legislación electoral, sino en la voluntad de aceptar o no aceptar el principio básico de la democracia política y que fue claramente enunciado en México en 1910: el sufragio efectivo. Todos sabemos que aun con la mejor ley se puede hacer fraude si así se lo proponen quienes la administran, y que, por otro lado, una ley mediocre y llena de imperfecciones puede ser un buen marco democrático si todos los actores interesafraude no hay ley que valga, y eso se sabe sin necesidad de consulta alguna. En resumen, el dilema del 6 de julio ha cambiado de forma pero el contenido sigue intacto y hay que enfrentarlo.

El otro gran dilema gubernamental se puede expresar de manera tan sim-

ple como los anteriores: pagar o no pagar. Me refiero, claro está, a la deuda externa. En el sexenio pasado se optó por pagar. Sin embargo, y como en el caso anterior, esa decisión tampoco resolvió realmente el problema. Este volvió a reaparecer y agravado. El gobierno actual busca desesperadamente una salida

que no le lleve a plantearse otra vez la terrible elección. Desea una situación donde se pueda, a la vez, "pagar y no pagar". En efecto, toda la energía o casi, de Pedro Aspe, está dirigida a convencer a nuestros acreedores de que se nos permita pagar pero menos, mucho menos de los diez, doce o más miles de millones de dólares que en promedio tenemos que entregarles anualmente. Ahora bien, ¿será nuestro gobierno capaz de arrancar a los acreedores ese permiso? Hasta ahora no lo ha logrado, y el momento de hacer frente al dilema se acerca. Ya algunos expertos predicen que nuestro superávit en el intercambio con el resto del mundo tiende a disminuir y en poco tiempo puede desaparecer, ¿de dónde entonces sacar para pagar?

★

Como muy bien lo señaló la semana pasada don Adrián Lajous en su artículo en este diario, las fuerzas que están por continuar los pagos en los términos originales son los obviamente beneficiados —los banqueros externos—, más los beneficiados menos obvios: el grueso de los grupos nativos con gran capital. La gran burguesía nacional teme que una moratoria unilateral traiga aparejados cambios en el status quo que ahora existe entre México y su entorno internacional, y que tal cambio puede resultar desfavorable a sus intereses particulares. En contraste, los grupos que están o pueden estar en favor de que se intente una política de moratoria son, lógicamente, los que a lo largo de seis años han estado realmente pagando con su trabajo y su disminución de nivel de vida, el capital que nuestro gobierno envía al exterior: los asalariados y los marginados de todas las clases sociales, en una palabra, la mayoría de los mexicanos. El dilema, pues, está en decidir a quién debe temer más el grupo dirigente: a

los pocos con mucho poder económico (entre los que se cuentan los integrantes del propio grupo dirigente) o a los muchos sin poder económico pero que gracias a la demografía y a los partidos de oposición tienen un potencial político cada vez mayor. Se trata de un dilema clásico en política. No me sorprendera que el gobierno de Carlos Salinas se decidiera por una solución distinta de la de su antecesor, y motivado justamente por la necesidad de contrarrestar los efectos negativos de la decisión del 6 de julio y sus secuelas. Así, de seguir los banqueros empeñados en no hacer concesiones, el dilema se puede resolver mediante

eso que se ha llamado una moratoria involuntaria.

★

Pero la lista continúa. Y de esta manera y pensando en las relaciones con Estados Unidos, el príncipe Hamlet hubiera podido titular un memorándum en materia de política exterior, de la siguiente manera: "integrarse o no integrarse, esa es la pregunta". En teoría, el presidente ya resolvió el dilema al señalar públicamente que no es la intención del gobierno mexicano buscar, como Canadá, un acuerdo de integración con Estados Unidos.

Sin embargo las palabras son muy débiles frente a los hechos. Y el hecho principal es que a raíz de la catástrofe económica de 1982, el gobierno mexicano dio un viraje de 180 grados en su política de comercio exterior y abrió las fronteras del país a un intercambio casi libre con el mundo externo. Pero para todo propósito comercial práctico, para México el mundo externo son Estados Unidos. Así pues, el comercio legal y el ilegal, las maquiladoras, el flujo migratorio (también legal e ilegal), la inversión externa directa, la fuga de capitales hacia los bancos extranjeros, la enorme faja fronteriza, etcétera, llevan a un salto cualitativo en la integración de la economía mexicana con la norteamericana. Esta integración mayor es ahora un hecho y lo será más conforme el tiempo pase. Es el resultado lógico e inevitable del cambio de modelo económico y es la base materia de una nueva relación global entre México y Estados Unidos, relación donde va a ser muy difícil seguir manteniendo las reglas políticas que en el pasado dieron tanta au-

tonomía relativa a nuestra élite gobernante.

Así, en realidad, el dilema ya no es integrarse o no integrarse; ese momento ya quedó en el pasado. Hoy el dilema es más específico: ¿qué tipo de integración vamos a tener? Ahora la elección está entre una integración producto del juego natural de las fuerzas del mercado o una donde la voluntad política ponga algunos cauces y límites.

En conclusión, los dilemas a los que se enfrenta hoy la clase gobernante mexicana son muchos los ya enunciados más otros que abarcan los terrenos de la inversión pública, la seguridad y la libertad individual y colectiva, la ecología, la demografía, la distribución de la riqueza, la relación Estado-Iglesia, etcétera. El origen de tales y tan importantes dilemas no es nuevo y en muchos casos es obviamente antiguo, muy antiguo, pero es a los jóvenes tecnócratas —a los jóvenes príncipes— a los que les tocó el dramático momento de la decisión, a ellos y a querer o no, a todos nosotros también.